

IN MEMORIAM

DOMINGO VEGA

Ha fallecido en Alcalá de Henares un viejo amigo, mío y de muchos de los que han pasado por la *Ciudad Católica*. Viejo porque lo era y porque hace ya muchos años que le conocí. Siempre con su bastón que ayudaba a una pierna herida. Y no se dónde, porque Domingo Vega tuvo una vida anterior, en sus años juveniles, que nunca me contó del todo. Era una mezcla de aventura y de bruma que casi desapareció con su «conversión».

Porque Domingo se convirtió. No sé cuales fueron sus años anteriores. Mas un día se encontró a Cristo. Y eso cambió su vida. Repito que no sé cuál fue la de antes. La de después fue hermosa. Se entregó. Y con todo su corazón. Un corazón grande, bueno, ingenuo tal vez. Pero que se daba tanto que obligaba a que los que se encontraban con él se dieran.

Había nacido en Madrid hace ya muchos años. En 1908. Apenas habían pasado diez años del desastre de Cuba y Filipinas. Cuando le conocí, cuando la *Ciudad Católica* tuvo la suerte de encontrarse con Domingo Vega, era ya un hombre maduro. Tendría, más o menos, mas bien más, los años que hoy tengo yo, y que tanto me pesan. Eran los días del Concilio y de todo lo que del Concilio, o, mejor dicho, lo que alrededor del Concilio, se movió.

Domingo llegó a nosotros con una inmensa fe, creo que más bien recuperada que recién adquirida, con enorme esperanza y con muchísimo amor. Amor a Jesucristo; algo o mucho tuvieron que ver los Cooperadores de Cristo Rey en ello; y amor a otra aventura, siempre tuvo espíritu aventurero, que creía entregada al servicio de su Dios. No parecía una persona que encajara en la

tipología de quienes se sienten a gusto en la *Ciudad Católica*. La vida, la dura vida, no le había dado ocasión de realizar estudios, de ser un «intelectual». Y, sin embargo, qué profunda sabiduría la suya, qué saber más natural y más actual su sencillo saber.

Hace muy poco he hablado del entendimiento, sorprendente para todos aquellos que tenían visión corta, entre Michele Federico Sciacca y Domingo Vega. El genial filósofo y Domingo Vega se hicieron amigos. Porque los dos tenían una profunda sabiduría en su corazón. Cuando aquello escribía tuve un presentimiento. No iba a volver a ver a mi amigo Domingo. Y me despedí de él hasta el cielo. Donde espero que la infinita misericordia de Dios me lleve, pues no tengo la menor duda de que allí estara él. Buenos amigos me hicieron tachar las líneas del adiós porque les parecía que estaba matando a Domingo. Pero es que él se moría. Y yo sabía que aquel adiós anticipado no le iba a molestar. Hoy te lo doy, tú lo sabes, de todo corazón.

Domingo llegó a Speiro en humildes tareas administrativas. Todos hemos conocido al asalariado que, cumpliendo con su deber, no participa en nada de las ilusiones y esperanzas de la empresa. Domingo no tenía nada que ver con eso. El tenía más ilusión que nadie, para él trabajo significaba apostolado. Y lo hacía admirablemente.

Yo creo que entre las personas que más dieron a la *Ciudad Católica*, y a cuantos tiene que estar agradecida, puede estar, con todo merecimiento, Domingo Vega. Y desde estas líneas me atrevo a pedir a Juan Vallet, que tanto os queráis, que en esa galería ilustre de fotografías que presidé nuestros cenáculos, con Eugenio y el P. Guerrero, y Gabriel y Jerónimo, y Sciacca y Germán... Ya sé que faltan muchos. Deberían poner la de Augusto, la de Julio Garrido, la de Pepín... Sí, pero pongamos la de Domingo. Porque fue tan nuestro que lo fue tanto como el que más.

Todos los que le trataron tendrán de él el mejor recuerdo. Casi diría que mejor imposible. No vendía libros, porque cada libro vendido era una alegría y con ese encajaba dos o tres más. No hacía un suscriptor sino un amigo. ¡Y cuántos hizo! Y no sólo se dio él sino que nos trajo a Carmen, su mujer, y a Joaquín, su

hijo. No pudo dar más, porque más no tenía. Dio todo. Nos dio todo. No a nosotros, sino a Dios en nosotros. Qué menos que darle las gracias por lo que nos dio y por él. Conocer a Domingo, ser amigo de Domingo fue otro don de Aquél que reparte sus gracias porque por donde va deja todo vestido de hermosura. Gracias Señor por Domingo. Gracias Domingo por ti.

FCO. JOSÉ FDZ. DE LA CIGÜÑA.

HOMILIA DE LA MISA CELEBRADA EN SUFRAGIO DE DOMINGO VEGA (el 25 de enero de 1994)

Celebra hoy la Iglesia la Conversión de San Pablo, con aquella singular aparición de Cristo en el camino de Damasco al gran perseguidor de los que creían en Él.

Por otra parte, leemos en el rito de la Iglesia cuando pide a Dios por un hijo suyo ya próximo a encontrarse con Él al fin de su vida, el siguiente deseo: «Veas cara a cara a tu Redentor, y goces de la contemplación divina por los siglos de los siglos».

Dos nuevos eslabones en la cadena de apariciones que venimos considerando desde la noche de Navidad.

* * *

En Belén se aparece aquella noche a los pastores de su pueblo; un año largo después se muestra a unos magos de la gentilidad; y al bautizarse luego de seis lustros, se muestra sensiblemente como emisario del Cielo, recomendado por el Padre y el Espíritu, ante aquellos a quienes venía a enseñar y a redimir; refrendando poco después su categoría divina con su epifanía milagrosa de Caná, al convertir en aquella boda el agua en vino.

De aquella presencia de Cristo entre nosotros en la plenitud de los tiempos arranca esta nuestra realidad de hoy; que hubiera sido sin su venida al mundo tan distinta de lo que es, que no es ninguna exageración pensar que entonces la población del mundo en este siglo XX habría estado formada por otros hombres, y no por los que, gracias a Dios, hemos nacido. Porque, ¿quién puede dudar que en nuestra larguísima cadena genealógica haya habido algún matrimonio de antecesores nuestros, influido en su formación por la doctrina y la gracia de Cristo? Ya habrá habido algún determinado matrimonio de ascendientes de cada uno de nosotros, en cuya motivación decisiva se haya atendido al mensaje que el Señor nos trajo y haya obrado la gracia que para los hombres recabaron los méritos de Cristo; sin lo cual habríamos quedado para siempre en el infinito mundo de las posibilidades no realizadas.

Y aun en un mundo en que ya de hecho vivimos, tan material y tan rastrero a pesar de la venida de Cristo, podemos imaginar, a la vista del paganismo anterior y del egoísmo contemporáneo («su dios es su